

á la primera ocasión, se la arrojará en sus brazos, como pensaba hacer sin duda hoy. Por lo tanto no hay que titubear en permitirle que venga.

Y dijo á la Moutier :

— ¡Ah! ¡si es usted amiga suya, varía la cosa! Nada tengo que objetar; vengan, pues, las dos; vengan pronto.

Blanca no intentaba ya la menor resistencia.

Se hallaba bajo el peso de una torpeza invencible que aniquilaba por completo su voluntad. Y salió del salón, llevada, por decirlo así, por Luisa y por la favorita.

Á fin de no dar nuevo pasto á la curiosidad de los invitados, madama de Pompadour hizo tomar á las dos jóvenes el desviado camino por donde ella había venido.

De modo que la marquesa de Coislin, ocupada en acompañar al rey á través de los salones, no se enteró de la marcha de su joven cautiva que, por su parte, no pensó en modo alguno prevenirla, trastornada como estaba por cuanto ocurría.

Poco después, tres carrozas traspasaban la verja del castillo de Chevreloup.

En la primera iba el rey con Ayen.

En la segunda, madama de Pompadour con Luisa y Blanca.

En la tercera, Camila con las señoras de Hausset y Mirepoix.

## XXII

## LESA MAJESTAD

Apenas estaban los carruajes á unas cien toesas del castillo, cuando dos jinetes, lanzados á todo el galope de sus caballos, desembocaban frente á este último, por un sendero trazado á campo traviesa y que formaba con la carretera la cuerda de un arco cuya curva era aquélla.

Ambos caballeros, vestidos con largas capas que flotaban tras ellos formando ondeantes pliegues, y tocados con sombreros de anchas alas, tenían, vistos así, en la penumbra de una noche sin luna é iluminada solamente por el débil resplandor de las estrellas, todo el aspecto de esos personajes de ultratumba de que se habla en las leyendas.

— No obstante, pertenecían al mundo de los vivos — quizás sea superfluo decirlo — é indudablemente tenían ante sí mucho tiempo, antes de ir á poblar el reino de las sombras.

En efecto, uno era el marqués Enrique de Lagardère Nevers; el otro, el vizconde Romualdo de Dizons.

A pesar de los numerosos pasos que habían dado durante el día á fin de proporcionarse entradas para el baile de la señora de Coislin, sólo consiguieron tenerlas muy entrada la noche, pues cuantas personas las tenían querían aprovecharlas.

Afortunadamente, cuando empezaban á desesperar de ver colmados sus deseos, la casualidad les puso en presencia de dos amigos suyos, que, convidados, una hora antes, á cenar en casa de una ninfa de la Ópera, y prefiriendo las delicias de esa comida íntima á la fiesta de la italiana, consintieron gustosos en cederles sus invitaciones.

En cuanto las tuvieron, fueron á alquilar dos trajes de bandoleros de los Abruzzos, bajo los cuales, gracias á la amplia capa que constituía el principal atributo, podían ocultarse enteramente; luego salieron á caballo hacia Chevreloup, pues ese medio de locomoción les ofrecía, á más de la ventaja de ser más rápido que un carruaje, la facultad de poder acortar á campo traviesa.

Y, tras una hora de no interrumpida carrera, llegaban cerca del castillo. Á doscientos pasos de éste, detuviéronse súbitamente los caballos.

Hallábanse junto á unos plátanos cuyo espeso ramaje proyectaba á los alrededores densa sombra y hacia que la noche fuese oscura como boca de lobo.

— Creo que podemos dejar sin temor nuestros animales aquí — dijo Romualdo; — nadie vendrá á buscarlos.

— Esa es también mi opinión — replicó Enrique; — la obscuridad los protegerá lo bastante y podemos estar seguros de volverlos á encontrar.

Echaron, pues, pie á tierra, ataron por la brida sus cabalgaduras á dos plátanos, y luego, tapándose el rostro con dos caretas, se encaminaron á la morada de la señora de Coislin, donde no tardaron en entrar.

Previamente, tuvieron la precaución de asegurarse de que sus espadas podrían desenvainarse con facilidad, porque, aunque su disfraz no exigía dicha arma, tuvieron el cuidado de no abandonarla. Tal vez necesitasen servirse de ella.

Al entrar en el salón, chocóles la poca animación de la fiesta.

Los invitados, reunidos en grupos y hablando en voz baja, parecían más bien conspiradores ocupados en urdir algún sombrío complot que personas que deseaban divertirse.

Ya no se bailaba en el primer piso. Las parejas, al enterarse de lo ocurrido en la planta baja, bajaron á toda prisa á tener detalles del suceso.

Y por todas partes se cambiaban juicios y comentarios que no hacían gran honor á Luis XV.

Reconociase que trataba con demasiada desfachatez á las amantes que habían dejado de agraderle.

Y sobre todo las mujeres, siempre dispuestas á unirse cuando se trata de defender su sexo, estaban de acuerdo en sus censuras á la conducta del monarca.

La vizcondesa de Pontbrillant, que hablaba muy francamente, pero sin atreverse á denigrar demasiado

al rey en presencia del duque de Richelieu que también había martirizado á muchas mujeres, no tenía escrúpulos ni aun para aplicar á la favorita un epíteto de populachera crudeza, que no nos está permitido reproducir; pero que designaba admirablemente su oficio de encandiladora.

Los dos jóvenes estaban asombrados de lo que veían.

¿Por qué aquella singular actitud de los asistentes, aquellos comentarios y aquellos movimientos de indignación que algunos expresaban?

Pasaban á través de los grupos, tratando de coger alguna palabra que pudiera iluminarlos.

Pero las pocas que llegaban á sus oídos nada les decían.

Dejando para más tarde el conocer lo que aquello quería decir, sólo se cuidaron de buscar á Blanca.

En cuanto á Luisa, como no sabían que la marquesa de Coislin la había hecho aparecer en el sarao, y suponíendola en las habitaciones del castillo, pensaban raptarla una vez que Blanca estuviera segura.

Ante todo, procuraron saber dónde estaba el rey; puesto que como Blanca les había dicho que éste iba á acompañarla, creían encontrarla con él ó con las personas que le rodearan.

No obstante, por más que recorrieron todos los salones, no vieron á Luis XV.

Ya sabemos que les hubiera sido difícil verlo.

— Quizás no haya venido aún — dijo el marqués.

— Ó acaso se haya marchado ya — replicó el vizconde.

— ¡Que se ha marchado! — exclamó Enrique con voz descompuesta. — Me hace usted temblar, Romualdo; pues, de ser así, se habría ido con Blanca y, en ese caso, nuestro plan quedaría completamente destruido.

— No es más que una hipótesis, y podría ser que, como usted dice, no haya venido aún.

— En ese caso, lo mejor es enterarnos.

— Indudablemente.

Hacia algunos momentos que llamaba su atención el aspecto de un personaje que se paseaba solo en medio de la multitud, se detenía ante cada grupo, escuchaba lo que se decía y luego continuaba andando, cual si lo que oía careciese para él de interés.

Iba disfrazado de astrólogo y traía el vestido tradicional con el que se representa en general esa clase de charlatanes, esto es, una larga bata negra constelada de astros en conjunción, y un elevado gorro cónico sembrado de emblemas estelares.

Un antifaz escarlata que le bajaba hasta los labios no permitía ver de su rostro más que dos ojos vivos y penetrantes y una boca de comisuras arremangadas por una sonrisa ligeramente sarcástica.

Ya hemos dicho que á la orden lanzada momentos antes en imperioso tono por el monarca, habíase desmascarado todo el mundo. Sin embargo, entre las últimas filas de curiosos, había algunos que creyeron poder abstraerse de obedecer y uno de éstos era el astrólogo en cuestión.

Los dos jóvenes bandoleros de los Abruzzos se dirigieron á él, en razón del estado de aislamiento en que

le veían y que les permitía mayor libertad en sus preguntas.

— Caballero — le dijo Enrique, — deseáramos nos indicase usted una cosa, si puede hacerlo... Quiere tener la amabilidad de...

Pero, antes de que hubiese terminado la frase, el astrólogo, que los había visto acercarse y los había examinado con escrutadora mirada, interrumpióle de repente, diciendo :

— ¡Silencio! Aquí estamos mal para hablar. Vengan conmigo, iremos á un sitio en donde estaremos mejor.

Y cogiendo del brazo á los jóvenes, que se dejaron llevar maquinalmente, los condujo á un balconcillo de la fachada trasera, en donde reinaba completa soledad.

— Señores — les dijo allí, — si les he traído aparte, ha sido porque, sabiendo, no sólo quiénes son ustedes, sino también el motivo de su presencia en Chevre-loup, presumo que tendremos que hablar de cosas que nadie debe oír.

— ¿Sabe usted quiénes somos? — preguntó Romualdo estupefacto.

— Sí, señor de Dizons.

— ¿Y conoce el motivo de nuestra presencia aquí? — añadió Enrique, ) menos sorprendido.

— Perfectamente, señor de Nevers.

Luego, con una sonrisa é indicando su traje, añadió.

— ¿No ven ustedes que soy adivino y que nada se oculta á quien lee en los astros?

— No bromeemos, caballero — dijo el marqués. — Pase el que haya usted podido traspasar nuestras care-

tas, lo cual habrá conseguido probablemente estudiando la parte de nuestros rostros que está visible y que, después de todo, denota simplemente gran perspicacia por su parte.

Pero el que esté usted enterado de nuestros proyectos, á más de que indicaría un verdadero sortilegio — puesto que ni el vizconde ni yo hemos hablado á nadie; — implicaría naturalmente el estar usted al corriente de los acontecimientos que nos han inducido á formarlos. Por lo tanto, si es cierto lo que dice, le rogamos nos indique cómo los ha sabido.

— He ahí mi secreto, y permítanme que lo guarde. Todo lo que puedo decirles es que me he enterado de cada suceso casi en seguida de haber ocurrido, tanto del doble rapto del convento de Piepus — de su hermana, señor marqués, y de su prometida, señor vizconde — como de los pasos que han dado ustedes esta tarde en el Parque de los Ciervos con objeto de que se evadiera la señorita de Nevers.

— ¿Quién es usted, pues? — exclamaron á una los dos jóvenes, asombrados. — El mismo teniente general de policía no podrá estar más enterado.

— Seguramente — replicó con cierta vanidad el astrólogo; — en vista de que el pobre hombre no posee los medios de que yo dispongo.

— ¿Y qué medios son esos?

— El primero es que, al contrario del teniente general, que no puede aparecer en ningún sitio sin que lo conozcan, yo paso por todas partes sin llamar la atención y puedo juzgar á unos y otros.

Mis otros medios, permítanme que los calle...

En cuanto á saber quién soy, de nada les serviría, pues soy completamente desconocido para ustedes dos. Bástele conocer, señor de Nevers, que en otro tiempo, he estado muy ligado al duque, su padre. Y digo « en otro tiempo », porque, habiendo permanecido largos años fuera de Francia y encontrándome en París hace muy poco, no he tenido aún tiempo de reanudar mis relaciones con él; y usted, señor de Dizons, sepa que, antes, he estado mezclado á sucesos que le atañen muy de cerca y que tal vez tenga que revelarles algún día.

— ¿Á qué sucesos se refiere usted? — preguntó vivamente el vizconde.

— Ya los sabrá, si creo deber dárselos á conocer. Además, por ahora no tienen ningún interés para usted — se apresuró á añadir el misterioso personaje, con objeto de impedir que el joven insistiera. — Pero, volvamos á lo que tenían que preguntarme. Veamos ¿qué quieren que les aclare?

— ¡Diantre! ¿Á qué interrogarnos? ¿No tiene usted su ciencia de adivinación, para impedirnos esa tarea? — dijo el marqués, con cierta ironía.

— Es verdad... lo olvidaba. Sepan, pues, que la señorita Blanca, que es el objeto de sus inquisiciones, ya no está aquí.

— ¡No está ya! Luego ¿estaba?

— Sí... y también el rey, el cual se ha marchado igualmente.

— ¿Con ella.

— Casi.

— Ah! ¡qué desdicha! — exclamó Enrique; — ¡hemos llegado demasiado tarde!... ¿Y hace mucho que se han ido?

— Un cuarto de hora próximamente.

— ¡Nada más!... Pronto, corramos, Romualdo; tal vez lleguemos á alcanzarlos antes de que entren en el Parque de los Ciervos.

— Esperen — dijo el astrólogo, al ver que le iban á dejar los jóvenes; — ¿no se acuerdan de preguntarme lo que se ha hecho de la señorita de Moutier?

— ¡Luisa! — exclamó Dizons; — supongo que estará dentro del castillo.

— No, señor; está con la señorita de Nevers.

— ¿Cómo? No me explico...

— He aquí lo que acaba de pasar.

En pocas palabras el astrólogo contó á los dos amigos el escándalo producido y lo que de él había resultado.

El vizconde quedó aterrado.

Así, se realizaba la predicción de la abadesa: Luisa, la pobre niña, iba á compartir la suerte de la hermana de Enrique.

— ¡Y pensar que esa miserable marquesa de Coislin es la causa de su infortunio! — exclamó — ¡Oh! ¡si no me contuviera, iría inmediatamente á castigarla como se merece!

— ¿Quién sabe si en este momento estará pendiente de su cabeza el castigo! — dijo con voz grave el desconocido.

El marqués y el vizconde estaban demasiado preocu-

pados de la marcha de las jóvenes para prestar atención á aquellas enigmáticas palabras.

— Corramos, Romualdo — repitió Enrique; — ahora está usted tan interesado como yo en no demorar nuestra persecución.

— Sí, sí; no perdamos un momento — contestó Dizons.

— Aguarden un poco — replicó su interlocutor; — tengo que darles un consejo.

— ¿Cuál? Délo pronto, pues, desde ahora, cada segundo es para nosotros un siglo.

— ¿Quieren ustedes atacar á las personas con quienes se hallan las señoritas Blanca y Luisa, á fin de arrancar á éstas de sus manos, no es eso?

— Naturalmente.

— Pues bien, no lo intenten.

— ¿Por qué?

— Porque las acompaña el rey, y se opondrá á ello.

— ¡Si se opone, peor para él! — dijo Enrique dando un golpe en el puño de la espada.

— ¡Cómo! ¿se atrevería usted á usar su arma contra su soberano?

— ¡Él ya se ha atrevido á robarme á mi hermana!

— Apruebo por completo la resolución de mi amigo — observó Romualdo; — yo, en su lugar, procedería del mismo modo... Además, si es preciso, estoy también dispuesto á usar de la violencia para rescatar á Luisa.

El astrólogo alzó hacia el estrellado cielo sus grandes mangas cargadas de constelaciones y murmuró espantado:

¡Ah! niños imprudentes, caminan ustedes hacia su

pérdida; yo se lo predigo!... Atendan la voz de la razón. He sabido, señor de Nevers, que mañana llega su padre; yo esperaba impaciente su regreso de Lorena para ir á visitarle y reanudar con él las relaciones de que le he hablado hace un rato. ¡Pues bien! En cuanto él ponga el pie en su hotel, yo le explicaré la situación de las señoritas Blanca y Luisa, y es seguro que una simple indicación suya al rey, bastará para que las pongan en seguida en libertad.

Así se terminará este deplorable asunto, sin que ustedes se expongan á sufrir la cólera real.

El joven marqués bajó la cabeza y replicó:

— De aquí á mañana pueden pasar muchas cosas.

— Ninguna, es de esperar, que ponga en peligro el honor de las que ustedes aman.

— No lo sabemos.

— Además — añadió el astrólogo consultando el reloj — todo cuanto ustedes hagan ahora, será inútil. De Chevreloup al Parque de los Ciervos, apenas hay veinticinco minutos, y ya hace veinte que las personas en cuestión salieron en coche. Así es que, por más que hagan ustedes, no podrán alcanzarlas antes que lleguen á la calle de Saint-Médéric, y si llegan ustedes allí, encontrarán seguramente cerradas todas las puertas, porque hace ya lo menos diez minutos que estarán cerradas para todo el mundo.

— ¡Si están cerradas, las echaremos abajo! — exclamó el vizconde.

— ¡Aunque para ello tuviéramos que rompernos los miembros! — apercó el marqués.

— ¡Pero, desgraciados, los soldados de la guardia les detendrán! Una vez más les ruego que no se lancen á tal aventura, ó, cuando menos, tengan prudencia.

— ¡Prudencia! — dijo irónicamente Enrique — Eso mismo nos decía ayer la abadesa de Picpus, y hemos cometido la tontería de escucharla. ¡De mucho nos ha servido! No, no; ya ha pasado el momento de los aplazamientos; ahora vamos derechos á nuestro objeto. Adiós, caballero.

Y ambos jóvenes, sin querer discutir más con el astrólogo, que se esforzaba en volverlos á retener, salieron rápidamente.

— ¡Ah! ¡locos, locos! — gimió éste al verlos desaparecer, — no han querido hacer caso. Que Dios los ayude... Yo he hecho cuanto he podido para impedirles perderse, y nada tengo que reprocharme.

Luego, añadió:

— ¡Con tal que Dizons no se encuentre, espada en mano, con el rey!... un combate entre los dos sería cosa abominable. Pero es poco probable; todo me induce á pensar que tropezarán con las puertas cerradas y sólo tendrán que habérselas con los soldados de guardia.

Dichas estas palabras, volvió á los salones y continuó sus paseos á través los grupos.

La fiesta languidecía. Un velo de tristeza habíase esparcido por la muchedumbre y apagaba su alegría.

Tal vez la única contenta de lo sucedido era la señora de Coislin.

Al regresar al salón de recepciones después de haber

acompañado al monarca, habíase enfurecido primero por la marcha de Luisa con madama de Pompadour. Pero, haciéndose una reflexión contraria á la que se le ocurrió á esta última acerca de la presencia de la joven en el Parque de los Ciervos, pensó:

— Muy torpe es la Pompadour; de ese modo me sirve mucho mejor de lo que cree; puesto que me hace conseguir mi objeto que es el que la niña entrase en la calle de Saint-Médéric.

Y hasta estoy casi segura que Luisa se quedará allí mucho más tiempo que la señorita de Nevers — pues era ella, la he reconocido, — que es de condición demasiado elevada para convertirse en huésped del establecimiento y probablemente no tardará en salir de él. Mientras que Luisa, huérfana sin más apoyo que el de la abadesa de Picpus, persona de escasa importancia, tiene, al contrario, numerosas probabilidades de quedarse allí. Y como, al fin y al cabo, soy yo quien la ha sacado de la oscuridad del claustro, no dejará de agradecermelo el rey. Por consiguiente, debo dar gracias á la Pompadour, más bien que enfadarme por lo que ha hecho.

Como este razonamiento le devolviera toda su serenidad, no trató más que de dar á su fiesta toda la animación que antes tenía.

Pero en vano emprendió esta ardua tarea; todos estaban tristes y nadie pensaba en divertirse.

Al salir del castillo, Enrique y Romualdo corrieron á sus caballos y se lanzaron á todo galope por el sendero por donde habían venido, pensando, como les

había dicho el astrólogo, que les sería imposible alcanzar al rey y á su compañía en la carretera.

Bastáronles diez minutos para llegar á las primeras casas de Versailles y otros diez para entrar en la calle de Saint-Médéric, donde, apenas internados, distinguieron, paradas en medio, tres carrozas, en derredor de las cuales movíanse varias personas.

Experimentaron cierta alegría.

Lo que veían inducía á suponer que las jóvenes no estaban aún en lo interior del harén real y, por tanto, les daba la esperanza de podérselas disputar en seguida á los seductores.

Digamos que no se equivocaban al emitir tal suposición.

Uno de los caballos de la carroza real cayó en el camino, y no se pudo ponerlo en pie sino después de haberlo desenganchado del todo, lo que había originado un retraso de un cuarto de hora en la llegada de las carrozas, que acababan de parar en el momento en que los jóvenes doblaban la esquina de la calle.

Las personas á quienes veían eran las señoras de Hausset y de Mirepoix con Camila, así como también el rey y el duque de Ayen, todos los cuales se habían apeado al parar los vehículos.

Madama de Pompadour estaba aún en el suyo con Luisa y Blanca, esta última postrada é inerte todavía.

La marquesa y la Moutier trataban de reanimarla un poco, mas sin resultado. Escapábasele la noción de las cosas y ni siquiera reconocía á su amiga.

Enrique y Romualdo llegaron en un segundo á las carrozas.

Saltando á tierra, acercáronse, espada en mano, al rey y al duque, que tuvieron justo el tiempo de sacar la suya para defenderse.

Como lo había temido el astrólogo, la casualidad colocó precisamente á Dizons enfrente de Luis XV, quedando el duque frente al marqués.

Por efecto de la cólera que los dominaba, los jóvenes habían perdido el juicio.

— ¡Devuélvame á Luisa! — gritaba el vizconde al rey, sin recordar que, según el relato del adivino, nada tenía que ver el monarca en la salida de la joven de Chevreloup; puesto que ella misma fué quien quiso acompañar á la señorita de Nevers y que el soberano se había marchado antes y, por tanto, debía ignorar que estuviese allí la sobrina de la abadesa.

— ¡Devuélvame á Blanca! — exclamaba por su parte al duque, Enrique de Lagardère Nevers, quien olvidaba también que Ayen era completamente ajeno á la cuestión y no conocía á su hermano.

— ¡Ah! ¿quiénes son estos energúmenos? — preguntó el rey, parando al mismo tiempo los golpes que le dirigía el vizconde, de los que le costaba gran trabajo librarse.

— ¡Pues parece que deben de ser bandidos que han roto con los Abruzzos! — repuso, riéndose, el duque. — Sin duda no andaba allí bien el oficio, y han venido á probar fortuna á Francia.

— Sin embargo, no estamos en carnaval — observó

Luis XV, que estaba lejos de suponer de dónde venían los dos amigos.

— Apostaría á que mañana nos comunican una doble evasión de Bicêtre — repuso el duque.

— La verdad, no me extrañaría eso, duque, pues no de otro modo me explico semejante agresión.

Ni Enrique ni Romualdo se fijaban en esas frases irónicas que, sobre todo por parte del duque, demostraban gran desprecio del peligro, pues bastante que hacer tenía con preservarse de los ataques de la terrible espada de Enrique.

Ambos jóvenes no tenían más que un pensamiento; hacerse dueños de sus adversarios, para que éstos no pudiesen impedirles apoderarse de Blanca y de Luisa.

Cuando el rey acababa de hablar, los soldados de la facción cercana, atraídos por el reteñir de las espadas que chocaban con furia, acudieron á escape, y, no obstante la gran resistencia que les opusieron los jóvenes, los desarmaron y los condujeron en seguida á una sala de guardia.

Fué de tan corta duración el combate, que las mujeres no tuvieron tiempo de asustarse.

La señorita de Moutier ni siquiera se enteró, pues estaba embebecida cuidando á Blanca.

Restablecida por fin la calma, penetraron todos en el establecimiento.

Momentos después, el jefe del destacamento de servicio, un capitán, se presentó ante Luis XV, el cual comentaba con el duque de Ayen lo que acababa de ocurrir.

— Sire — dijo el oficial, — ruego á Vuestra Majestad me dé órdenes acerca de los dos miserables que han atentado contra su vida y contra la del señor duque.

— ¿Quién diablos son esos locos? — preguntó el rey, que, una vez pasado el peligro, y ante la novedad del suceso, sentía más curiosidad que enfado.

— Según he podido juzgar bajo los disfraces que traían, me parece que son dos gentileshombres — contestó el oficial.

— ¡Dos gentileshombres! — exclamó, sorprendido, Luis XV.

— Sí, Sire.

— ¿Se han dado á conocer y le han dicho el motivo de su incalificable conducta para con nosotros?

— He querido interrogarles con ese objeto, Sire; pero se han encerrado en un mutismo absoluto, y me ha sido imposible obtener la menor palabra. Por eso he dicho que sólo he juzgado de su calidad por su apariencia.

— Esto es muy raro.

— Sean quienes fueren, Sire — prosiguió el capitán, — han cometido un atentado horrible, un ataque á mano armada contra la persona de su soberano y de uno de sus familiares, y vengo á preguntar lo que Vuestra Majestad decide respecto de ellos.

— Ya que cree que son gentileshombres, llévelos á la Bastilla — ordenó el monarca. — Con el teniente de policía, procuraremos poner esto en claro.

Retiróse el oficial, y Luis XV, repuesto de tan

grande alarma, fué con Ayen á reunirse á madama de Pompadour, para que ésta les explicase el enfadoso embrollo producido en la fiesta de la marquesa de Coislin.

## XXIII

DONDE LA VISTA DE UN ESPECTRO VIVO OCASIONA  
UNA MUERTE

En cuanto los dos jóvenes se marcharon del castillo de Chevreloup, empezaron á vaciarse los salones de la señora de Coislin.

Ya hemos dicho que la tristeza sucedió á la alegría, y, no ofreciendo ya ningún atractivo la fiesta, se iba la gente.

Y se iba tan rápidamente, que, al cabo de media hora, de los numerosos concurrentes que hemos visto en el sarao, no quedaba más que uno, perdido, por decirlo así, en la inmensa sala que se había erigido en salón principal.

Este último de todos era el hombre del antifaz escarlata.

La castellana, algo despechada por el fracaso de aquella noche, pero creyéndose ya libre de sus deberes